

hacia Querétaro para vencer cuanto antes la resistencia que oponía esta última plaza, decía al que esto escribe, en la mañana del 1° de Abril, conversando ámbos en el alfeizar de una ventana, desde donde se donimaba el valle y la ciudad sitiada, algunas palabras que revelan la disposición moral en que se hallaban los espíritus: « Mis predicciones, decía, tocan á su realización: el avance de Márquez prueba que nada tiene que temer del lado de Querétaro, á la vez que la República puede sufrir allí un rudo golpe, mañana acaso tendremos que emprender la retirada hacia el rumbo de Oaxaca, con un ejército desmoralizado y perseguido por las fuerzas reunidas de Márquez y de Noriega.»

« Esta conversación la interumpieron los clarines y tambores de las reservas formadas al pié del cerro de San Juan, haciendo los honores de costumbre al General en Jefe, que después de recorrer las líneas volvía al cuartel general con su Estado Mayor. Las miradas y los ademanes de todos eran inquisitivas al derredor del general Díaz; todos procuraban hallar en su semblante y en sus palabras la clave del enigma penoso que preocupaba los espíritus. ¿Se apelaría al remedio triste, pero prudente de la retirada? ¿Se ensayaría, como en La Carbonera, uno de esos medios audaces, cuyo éxito no se repite fácilmente? Esta era la alternativa en que fluctuaban los ánimos desasosegados y perplejos. La idea de asaltar la plaza sin artillería, sin municiones y con tropa de cuya moral no se podía responder en aquellos momentos, esa idea que parecía rayar en los límites de la demencia y que sólo vista con el prisma de génio podrá perder sus visos de insensatez, esa idea decimos, parecía eliminada de todas las conjeturas.

« El jefe del Ejército sitiador se presentó en el Cuartel General. La jovialidad característica de su semblante no se había alterado en lo mas mínimo: él era el único cuyo entrecejo no presentaba los pliegues de la preocupación. Se sirvió el almuerzo, y los comensales guardaban, no ese silencio que caracteriza los primeros momentos de una comida entre convidados de buen apetito: los bocados se llevaban con lentitud á la boca: era el silencio de la cavilación. Sólo el General en Jefe parecía comer con apetito, y sonreía con su afabilidad habitual. Por fin, como si hubiera querido disipar las preocupaciones que percibía en derredor suyo, dijo al que escribe estas líneas, que hacía los honores de la mesa: « Tengo presentimiento de que celebraremos el aniversario del 5 de Mayo, si no dentro de la capital de la República, al menos en sus inmediaciones.» Estas palabras, dichas sin énfasis, sin segunda intención aparente, y de

sen vueltas en varias frases de que se desprendía que en la mente del jefe sitiador la proximidad de Márquez á Puebla no venía á eclipsar la buena estrella del Ejército de Oriente; estas palabras, decimos, disiparon las sombras de todos los espíritus, y los concurrentes al almuerzo se levantaron con el ánimo y el semblante más serenos.

« El general Díaz se retiró tras esto á su recámara, que era la misma que habitó durante el sitio de 63 el general Forey, y desde donde el jefe de los franceses dirigió todas las operaciones del gran sitio. Los jefes de la línea fueron llegando sucesivamente, y la tarde se ocupó en un consejo secreto en cuanto á sus pormenores, pero transparentes por demás, por que las apariencias todas permitían ya suponer que no se organizaba un movimiento retrógado, sino por el contrario, uno de esos arranques de audacia y de brío que producen una influencia de entusiasmo eléctrico en los ejércitos. La serenidad y la fé del General en Jefe habían cundido en todos sus subordinados: la admiración y la alegría entre los ayudantes y los jefes de líneas y de cuerpos, convocados al Cuartel General, eran un sentimiento, presagio de sucesos faustos. En las primeras horas de la noche no era ya un misterio que estaba decidido el asalto.

« Sonaron las cuatro de la mañana. Un lienzo empapado en espíritu de trementina y tendido de un ángulo á otro de la casa que corona el cerro de San Juan, ardió de improviso, y como si hubiera sido un bota-fuego que obrara en toda la extensión de la línea, la artillería comenzó á jugar sobre la plaza, prolongando sus disparos por cerca de una hora, y dejando apenas percibir la descarga de fusilería y los clamores de los combatientes por todos los lados de la ciudad. Una hora después se recibió en San Juan un parte del General en Jefe, comunicando que la plaza estaba en su poder, y dando las primeras instrucciones para organizar la situación.

« El que esto escribe penetró al interior de la ciudad ya que la luz del sol alumbraba la escena. La victoria había dejado en las calles su rastro de sangre y de muerte. Un reguero de cadáveres y de heridos marcaba el paso de los batallones al asalto. Trece columnas habían penetrado por distintos puntos. Los que lograron vencer primero la resistencia de la línea fortificada, tomaron por la espalda á los que todavía se defendían y decidieron el éxito de la lucha. Tras una hora escasa de combate las columnas todas, mermadas por la metralla y por las bayonetas, se reunieron en la plaza de Armas de Pue-

bla. El general Diaz estaba en medio de ellas reorganizándolas y haciendo conducir á aquel lugar toda la artillería abandonada por el enemigo.

«—General, le dijo el que esto escribe. ¿De qué puedo servir en estos momentos?

«—Ayude vd. á mi secretario, contestó: el orden debe ser la corona del triunfo.

«Entre los que acompañaban al general Diaz y habian penetrado de los primeros á la plaza, se encontraba la persona misma que la víspera habia tenido con el que traza estas líneas la triste conversacion que arriba referimos. Dirigióse al que suscribe tendiéndole una mano en ademán de felicitacion, y señalando con la otra al general Diaz, le dijo en voz baja:

«—¡Este hombre es un genio!

«Y lo parecía, á fé, en aquella escena. Era, no sólo el genio de la guerra y de la victoria, sino el genio del orden y de la paz. Aquellos torrentes de muerte, de cólera y de exterminio que por trece puntos distintos se habian precipitado sobre la ciudad, arrollando toda resistencia, estaban inmóviles y sumisos en la plaza central ante el jefe del Ejército; ni una violencia, ni un acto de rapacidad, ni un clamor siquiera de ira y de venganza. Sin la huella de sangre y de muerte que habian dejado en las calles las columnas, los restos de estas, formados en la plaza con el arma al brazo, hubieran parecido más bien la guarnicion de una ciudad que se prepara á celebrar una fiesta patriótica por medio de un alarde militar. El orden coronó el triunfo, conforme al deseo del General en Jefe: las ventanas y balcones estaban llenos de señoras y de niños que contemplaban aquella admirable alianza entre la paz y la guerra, presidida por el genio tutelar del orden y de la moralidad.

«El día 2 de Abril de 67, fué un gran día para México. Difícil hubiera sido imaginar un regreso más heróico de las armas republicanas á la ciudad de Zaragoza, ni un más digno desquite del 17 de Mayo de 863. Jamás el valor y la dignidad del carácter mexicano se han elevado á tanta altura.

«No cabe en los estrechos límites de un artículo conmemorativo, el apreciar la trascendencia que tuvo el asalto de Puebla en el desenlace final de la guerra contra la intervencion monárquica. El noble interés del episodio heróico que tuvo lugar hace un año en la ciudad de Zaragoza ha entrado por mucho en el propósito que abrigamos desde hace tiempo, de escribir la historia de la campaña de Oriente, y entonces tendrémos ocasion de demostrar

cómo un desastre en Puebla hubiera aplazado por un largo período la restauracion del orden legítimo haciéndola más difícil y laboriosa.

«Nuestro objeto por hoy ha sido sólo consignar en este artículo los más vivos entre nuestros recuerdos, relacionados con el asalto de Puebla, y dirigir un saludo cordial á los héroes de aquella memorable jornada.»

La explicacion de este fenómeno extraordinario que sorprendió agradablemente á los habitantes de la ciudad, se muestra en las medidas previsoras acordadas por el general Diaz al mismo tiempo que hacia adelantar las operaciones del sitio. Bajo la direccion del general Ramirez se habian organizado todos los servicios de policía, alumbrado, seguridad, etc.; y á esto debe agregarse la exactitud y fidelidad con que los jefes y oficiales mantenian el espíritu de orden y respeto á la sociedad, de que se hallaba inspirado el Ejército.

Las fuerzas descansaban sobre las armas, formadas en la plaza, esperando con febril impaciencia el momento de lanzarse sobre los fuertes de Guadalupe y Loreto, en los cuales se abrigaba el resto de la guarnicion vencida, cuando apareció el General en Jefe que venia de recorrer las posiciones conquistadas por su genio, y que despues de dictar las más oportunas disposiciones sobre guardias, hospitales, almacenes, artillería, etc., se dirigia al palacio de gobierno para atender á los demás ramos de la administracion. Al verle, una exclamacion unánime, entusiasta, delirante, salia de todos los corazones: ¡EL GENERAL! ¡VIVA EL GENERAL! Las bandas tocaron diana, y una salva de cinco mil tiros completó aquel majestuoso é imponente saludo tan merecido como espontáneo.

Una grave dificultad torturaba á aquella alma tan espléndida y poderosa en sus concepciones, como sensible y casi medrosa en sus sentimientos. Habia en Oaxaca más de mil prisioneros entre generales, jefes y oficiales mexicanos, y jefes, oficiales y soldados extranjeros; los de Puebla eran todavía más numerosos, y aún excluidos los soldados, no bajaban de seiscientos. ¿Qué debia hacer el General en Jefe? Cumplir con la ley pasándolos por las armas, hubiera sido una carnicería repugnante, indigna del siglo y del país en que vivimos; conservarlos en prision, era un temperamento que no satisfaria á sus humanitarios sentimientos; y ponerlos en absoluta libertad le parecia un acto tan magnánimo y trascendental, que temia que no mereciese la aproba-

cion del Gobierno. «Va á creer Juarez que le disputo el porvenir,» decia á una persona que opinaba por la libertad.

Conducidas las operaciones sobre los cerros de Guadalupe y Loreto con la energía y acierto de costumbre, no tardaron en rendirse. Habiéndolo hecho sin condiciones el comandante del segundo, en la noche del 3 al 4 de Abril, el general Diaz pasó personalmente á ocupar la fortaleza, é intimó desde allí á la guarnicion del primero, que procedería desde luego al asalto si no se rendia en el acto. El general D. Francisco de P. Tamariz salió á conferenciar á la cortadura que média entre ámbos, y no pudiendo obtener la menor garantía, presentó su espada al vencedor, aceptando con noble altivez la responsabilidad que en ese acto declinaba su superior, el general Noriega. «Consérvela vd. compañero, le contestó el general Diaz: siempre ha sido de buen temple, y aún debe servir para la defensa de la República.»

Impresionado por esta escena el General en Jefe volvió meditabundo á la ciudad, bajó del caballo en la puerta del palacio, y se dirigió á la prision del Obispado con los generales Tamariz y Noriega. ¿Que iba á ser de los prisioneros? Nadie lo sabia y la poblacion temia un ejemplar sangriento. Al entrar á la prision, el general Diaz mandó retirar la guardia y dirigiéndose á los prisioneros, les dijo: «La Nacion ha juzgado la causa del imperio, pero no se hará justicia sino olvidando los extravíos de sus hijos; quedan vdes. en libertad» «No he nacido para carcelero ni para verdugo,» agregó dirigiéndose á las personas que lo acompañaban.

Renunciamos á la empresa de describir las manifestaciones de los vencidos que se veían libres y respetados en medio de la ciudad en donde habian creído encontrar la muerte. El entusiasmo rayó en delirio, y entre tantos abrazos, vivas y lágrimas de que era objeto, el general Diaz no pudo contener las suyas y lloró de emocion y contento. En el mismo dia libró sus órdenes á los Estados de la línea para que fuesen puestos en libertad todos los prisioneros de las batallas anteriores. No podemos resistir á la tentacion de trasladar esa memorable página de nuestra historia que vale por otras muchas. Es como sigue:

## EJÉRCITO REPUBLICANO DE LA LÍNEA DE ORIENTE.

## GENERAL EN JEFE.

«En uso de las amplias facultades de que me hallo investido por el C. Presidente de la República, he tenido á bien disponer: que los prisioneros hechos por el Ejército de Oriente en las batallas de Miahuatlan y La Carbonera, en la ocupacion de la ciudad de Oaxaca, en el asalto de esta plaza y en la rendicion de los fuertes de Guadalupe y Loreto, queden en libertad de residir en el lugar que elijan, permaneciendo por ahora bajo la vigilancia de la autoridad local y á disposicion del Supremo Gobierno.

«Los extranjeros que quieran permanecer en el país, quedarán sujetos á las mismas condiciones, y los que deseen salir de la República, podrán hacerlo libremente.

«Sírvase vd. librar sus órdenes en este sentido, aceptando las protestas de mi estimacion y aprecio.

«Independencia y Reforma. Zaragoza, Abril 4 de 1867.—*Porfirio Diaz.*  
—Ciudadano Comandante Militar del Estado de. . . . .»

El vencedor tomaba en esos momentos una resolucion de otra naturaleza, que no debe escapar á las apreciaciones del historiador. Con la misma pluma y sobre la misma mesa, firmaba un poder para su matrimonio con la Srta. Delfina Ortega, del Estado de Oaxaca. Hasta dónde pudo influir esta resolucion en el perdon de los prisioneros, es cosa que no nos permitimos discutir, pero que cualquiera comprenderá y se lo explicará, bendiciendo á la Providencia que en sus altos designios sabe ligar la vida de las naciones con los más puros sentimientos de la familia. Si el general Diaz quiso enviar á su amada esa riquísima é imperecedera dote, no tendríamos sino un nuevo motivo para admirar, tanto al honrado padre de familia como al hábil general. Sus hijos podrán conservar con justo y noble orgullo ese grato recuerdo como un valioso y envidiable patrimonio.

Volviendo á los prisioneros, satisfactorio es decirlo, correspondieron honrada y lealmente á la magnanimidad del vencedor. El valiente general Tamariz, que murió algunos meses despues, decia lleno de emocion: que sólo

deseaba vivir para servir algún día de soldado raso á las órdenes del que lo había vencido dos veces, una por su indisputable talento militar y otra por la nobleza de sus sentimientos.

Nada se descuidaba por el inspirado general. Los cuerpos diezmados por el asalto, reemplazaba sus bajas con los soldados del enemigo, que sentaban plaza voluntariamente en nuestras filas; reponían su armamento y su parque en los almacenes de la ciudad, y nuestra artillería ponía en servicio las piezas del enemigo. Se mandó construir en el acto vestuario y equipo, se hizo salir la division de caballería en observacion sobre la columna de D. Leonardo Márquez, y al día siguiente emprendian su marcha la artillería y dos divisiones de infantería.

Momentos ántes se leía por compañías, una proclama que revela el espíritu dominante en aquellos días y el carácter del hombre que había dado cima á tantas hazañas. Dice así:

«*EL GENERAL EN JEFE del Ejército de Oriente, á sus subordinados, vencedores en Puebla.*

«¡Compañeros de armas!

«Quiero ser el primero en pagar tributo á vuestro heroísmo. La Nación toda y la posteridad vendrán después á perpetuar vuestra gloria.

«Habeis escrito otra fecha memorable en la ciudad donde Zaragoza eternizó su nombre el 5 de Mayo. El 2 de Abril de 1867 se registrará desde hoy en el calendario de las glorias nacionales.

«Mucho esperaba de vosotros: os he visto acudir sin armas al llamamiento de la patria para armaros en Miahuatlan y en La Carbonera, en Jalapa y en Oaxaca, con los fusiles quitados al enemigo. Habeis combatido desnudos y hambrientos, dejando á la espalda un rastro de gloria, y sin embargo, vuestras hazañas en Puebla han ido mas allá de mi esperanza.

«Una plaza no sin razon denominada invicta, y que los primeros soldados del mundo no pudieron tomar por asalto, ha cedido á un solo empuje de vuestro brío. La guarnicion toda y el inmenso material de guerra acopiado por el enemigo, son el trofeo de vuestra victoria.

«Soldados: mereceis bien de la patria. La lucha que la desgarró no puede

ya prolongarse. Acabais de dar la muestra de vuestro valor irresistible. ¿Quién osará medirse con los vencedores de Puebla? La independencia y las instituciones republicanas no vacilarán ya: está seguro de no ser conquistado ni oprimido el país que tiene hijos como vosotros.

«Intrépidos en el combate y sóbrios en el uso de la victoria, habeis conquistado la admiracion de esta ciudad por vuestro denuedo, y su gratitud por vuestra disciplina.

«¿Qué general no tendría orgullo en hallarse á vuestra cabeza? Miéntas cuento con vosotros, se reputará invencible vuestro amigo, *Porfirio Diaz*.— Zaragoza, Abril 5 de 1867.»<sup>8</sup>

8 Los muertos, heridos y disipersos que tuvo la 1ª Division del Ejército republicano de Oriente constan en la relacion que dice:

## NUMERO 14

### EJÉRCITO REPUBLICANO DE ORIENTE.

PRIMERA DIVISION DE INFANTERÍA.—MAYORÍA GENERAL.

*RELACION que manifiesta los muertos, heridos y dispersos que tuvieron los cuerpos de la Division en el asedio y asalto de la Plaza de Puebla de Zaragoza.*

#### MUERTOS.

##### PRIMERA BRIGADA.

*Batallon Cazadores.*—Soldados.—Andrés Santiago, Francisco Orta.

*Primera seccion Infantería.*—Cabo.—Juan Antonio Primero.

Soldados.—Antonio Pedro, José Santiago, Hilario Mariano.

*Tercera seccion Infantería.*—Capitan.—Valentin Sarmiento.

Soldados.—Martín Zavaleta, Benigno Prieto, Antonio Carbajal, Pablo Montañez, Juan Crisóstomo.

*Batallon Llave.*—Sargentos segundos.—Justo Antonio Toro, Casimiro Roman.

Cabo.—Eulogio José.

Soldados.—Cirilo Coastli, Próspero Santiago, Juan José, Laureano Vicente, Antonio Feliciano, Santiago José, José Juan, Mariano Santiago, Laureano Manuel.

Capitanes.—Manuel Gonzalez, Manuel B. Verdejo.

Sub-ayudante.—Manuel Velazco.